

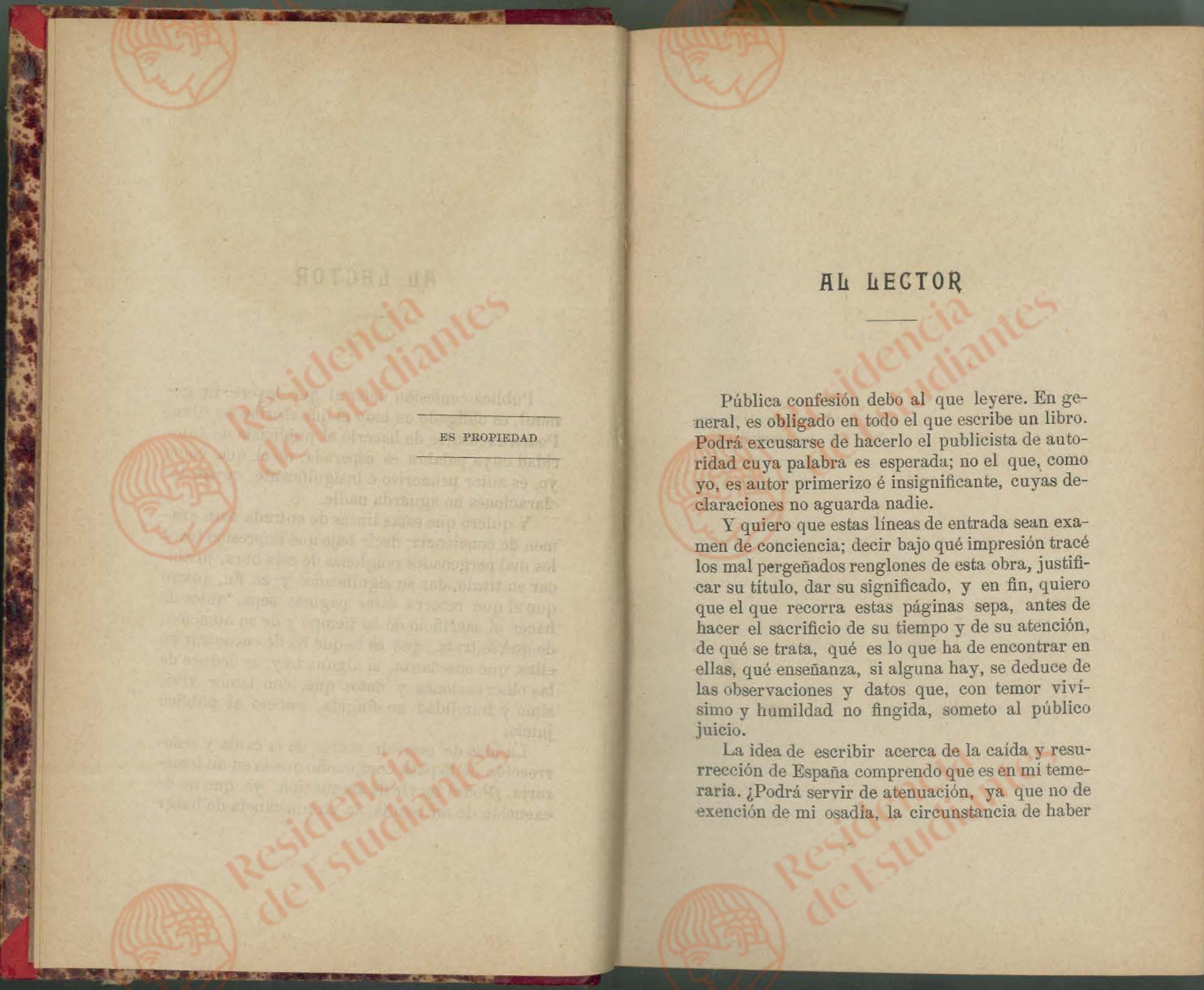
LUIS MOROTE

LA MORAL DE LA DERROTA

MA DRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE G. JUSTE
calle de Pizarro, núm. 15, bajo.

1900



Pública confesión debo al que leyere. En general, es obligado en todo el que escribe un libro. Podrá excusarse de hacerlo el publicista de autoridad cuya palabra es esperada; no el que, como yo, es autor primerizo é insignificante, cuyas declaraciones no aguarda nadie.

Y quiero que estas líneas de entrada sean examen de conciencia; decir bajo qué impresión tracé los mal pergeñados renglones de esta obra, justificar su título, dar su significado, y en fin, quiero que el que recorra estas páginas sepa, antes de hacer el sacrificio de su tiempo y de su atención, de qué se trata, qué es lo que ha de encontrar en ellas, qué enseñanza, si alguna hay, se deduce de las observaciones y datos que, con temor vivísimo y humildad no fingida, someto al público juicio.

La idea de escribir acerca de la caída y resurrección de España comprendo que es en mí temeraria. Podrá servir de atenuación, ya que no de exención de mi osadía, la circunstancia de haber



vi

sido actor y testigo, como periodista, de los sucesos que forman la trama de la gran desventura patria, de su calvario de dolor?

Fuí como corresponsal á Melilla. Allí estuve en el fuerte de Cabrerizas Altas, durante los tres días mortales de sitio, asistiendo al tremendo drama de la muerte del general en jefe de la plaza, pasando por las angustias del asedio de los moros y por la más grande amargura de ver cómo nuestras valientes tropas tuvieron que contener su deseo y su impetu de vengar tanta víctima, de lavar con sangre el ultraje á la bandera. Gocé del honor inmerecido, honor impuesto por las terribles circunstancias, de figurar como soldado en aquella acción, de ver mi nombre, en unión de otros compañeros, en el parte oficial y en la propuesta para recompensas.

Fuí como corresponsal á Cuba. Allí caí prisionero en el campo de la insurrección; me vi acusado de espía por los enemigos de mi patria; pasé por un Consejo de guerra, y se cernió sobre mi cabeza la pena de muerte. Gocé de la satisfacción más pura, de la gloria más alta: la de padecer por España, la de arriesgar por su causa la vida, la de jurar su amor ante la revolución en armas. Y al realizar aquel acto en que no había ningún mérito, sino el estricto cumplimiento de un deber, que el periodista es algo más que un instrumento de noticias y una máquina para recibir y reflejar las emociones de los hechos, no me inspiró otro impulso ni otro deseo que el de ser, en modesta esfera, agente de paz, llevando los decretos de la



vii

autonomía á la manigua, para que, por su virtud, Cuba se conservara siempre en la soberanía española.

Actor y testigo de tales sucesos, bien podría escribir su crónica. Y no evoco esos recuerdos guiado de una vanidad, que sería pueril y ridícula. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en mi caso, y á punto de honor debíamos tener los corresponsales españoles realizar lo que en semejantes trances de guerra realizan los corresponsales extranjeros. No; los evoco por recabar el derecho de juzgar los acontecimientos, de defender con energía mi convicción firme, absoluta, frente á injusticias y preocupaciones populares, de que los soldados españoles, los sufridos y heróicos hijos de la patria, hicieron su deber, todo su deber, más de su deber en la lucha colonial. Si nuestro imperio se perdió, á perdurables, seculares errores políticos, ha de atribuirse, y al no haber hecho á tiempo lo que la justicia y la razón demandaban. Y llegó en mi convicción más allá: á proclamar que cualquier otro ejército, el de la nación mejor organizada para la guerra de Europa, el de Alemania, hubiera hecho lo mismo, teniendo por enemigo el suelo y el cielo, la naturaleza y los hombres. El no haberlo entendido así, creyendo con indisculpable yerro que podíamos conservar por las armas las colonias, nos ha conducido al actual desastre. Si ha habido quiebra, no es sólo la de la energía militar, sino la quiebra y ruina de un concepto total y orgánico de nuestros destinos en el mundo y también de nuestras fuerzas.

La pena hondísima de ver cómo era un error nacional, un error de todos los partidos, salvo ilustres excepciones que confirman la regla universal de nuestra ceguera, el que ocasionó tantos males, ha aguzado en mí como en muchos la desesperación y la desesperanza en el remedio. ¿Cómo no lanzar ayes de dolor que por su misma intensidad han podido aparecer como antipatrióticos? ¿Cómo podrá explicar nadie y dejar de declararse culpable de los extravíos de pluma ó de palabra á que la angustia de contemplar á España desangrada y mutilada le conducean? ¿Quién está seguro de que al llorar una desgracia no proferirá alguna blasfemia? La responsabilidad subsiste; pero ¿no podrá escusarse en el sentimiento profundo de las desventuras de la patria? A España amamos con el amor mismo que ante la pérdida de una madre nos hace renegar de los que creemos causantes de su pérdida. En eso se llega hasta la sinrazón y hasta la locura. El patriotismo no con palabras se prueba sino con actos, y mis actos son de patriotismo activo, abnegado y no retórico. Mi cruz de Melilla no la tengo. En Cuba me jugué la vida, y muchos aquí lo dudaron. Soy periodista sin periódico. Si no amara á España, ¿qué me quedaría?

Y de ningún modo mejor podremos servirla, jurando por su santo nombre la fe y la esperanza en su rehabilitación, que contribuyendo con nuestra pobre crónica de hechos pasados y presentes, á mostrar por qué caminos cayó hasta la extremidad de desgracia actual, y por cuáles otros, á

nuestro entender, puede recobrar la salud y recuperar fuerzas perdidas, respirando el aire y tomando el sol en que se fundó la verdadera grandeza de España.

De aquí este libro. De aquí su título: *La moral de la derrota*. La moral no es una cosa abstracta, ideal, sin carne ni substancia. La moral es vida vívida, es principio, es doctrina, convertida en hechos. La moral es resultante de los actos, de los ejemplos. La moral es la enseñanza, la filosofía que encierran las cosas y destilan los fenómenos sociales. Como los individuos, las naciones aprenden más en sus desgracias que en sus triunfos. El dolor es una gran escuela. ¿De qué serviría la catástrofe, la *debâcle* á un pueblo, si no le sirviera para su enmienda? ¿Y qué otro recurso quedaría sino el de un criminal suicidio, si no nos mantuviera en el mundo la pena cual un acicate de contrición y voto de mejora?

La moral de la derrota, es decir, lo que nos enseña, lo que nos purifica, lo que nos eleva. Si acertáramos á poner de relieve ese ejemplo, esa filosofía, esa resultante de los hechos, esa vida en acción, norma y guía para nuestra futura conducta, entonces podríamos darnos por satisfechos y creer que no había sido enteramente estéril é inútil el pensar en el problema y estampar aquí estas humildes reflexiones.

A la obra se han puesto muchos y muy esclarecidos ingenios, ante cuya luz y esplendor ha de parecer pura sombra lo que yo recojo como observación y como dato en este libro. Pero, en fin,



si para otra cosa no aprovecha, aprovechará como contraste entre lo inmenso é imponente del empeño emprendido y la debilidad y pobreza de nuestras fuerzas al acometerlo. Baste con el deseo que nos ha movido de penetrar hasta las entrañas de la cuestión, el buscar en los hechos su valor y su significación, poniendo en ello una absoluta impersonalidad, procurando, aunque no se logre, que sean los acontecimientos quienes hablen por nosotros mismos con lógica y elocuencia abrumadoras. Si se lee en el pasado como en un libro abierto ¿por qué no leer del mismo modo en el porvenir?

Y era cuanto tenía que decir á modo de advertencia al lector para entrar con él, desde luego, en comunidad de conciencia, de aspiración, de fe y de propósito. Lo que en estas páginas haya de subjetivo, de personal, eso carecerá seguramente de valor, y lo único que podrá tenerlo es lo que haya en ellas de objetivo, de traducción fiel y exacta de la realidad.

Y con el lector quiero creer y esperar que nuestros males tendrán remedio, con él quiero comulgar en el cariño, en el culto fervoroso á España. Si, lector amigo, tú esperas, tú crees como yo que bastará con que un soplo de vida intelectual y económica anime á nuestro pueblo para que vuelva á ser el pueblo heroico que en tantas circunstancias de su historia sacó fuerzas de flaqueza para regenerarse. Cuando ya esté desahuciado por todos los doctores, aún vivirá, y resucitando de sus cenizas mostrará al mundo de lo que es



capaz España, nuestra madre España, que ensanchó el planeta, hizo obra de creación, inventando un nuevo mundo. Y no para renovar sueños de poder, locas aventuras, sino para atemperarse á su situación. Le sería imposible tornar á la vida su antiguo poderío. Fracasaría en tal empresa, que no puede hacerse competencia á sí misma. Trabajó en lo antiguo, derramó su sangre generosa por la civilización y felicidad de otros pueblos, trabaje ahora y ahorre su sangre por la felicidad y cultura de su propia península. La fórmula es esta: es España como será que vivió edad larga y accidentada, vuelve á la infancia, pero no para reproducir iguales yerros y tropiezos, sino para que su experiencia de desengaños le sirva de maestra con qué vivir existencia mejor. Esa es la moral de la derrota.

